

[Memorias del general  
Don Juan Pardo de Zela,  
español al servicio  
de Buenos Aires y del Perú]





*Memorias que hago de los sucesos ocurridos en la guerra de la Independencia, desde que la capital del Río de la Plata fue tomada por los ingleses hasta la conclusión de la total emancipación de los españoles, en que mezclo mi origen y carrera militar.*

*Dedicada a la posteridad.*

JUAN PARDO DE ZELA

El día 2 de julio de 1788 fue el día en que vi la luz primera; mi padre, empleado en la Marina Española, habitaba [en] el Departamento de Ferrol, villa sujeta a la capitanía general de Galicia, en el Reino de España, trayendo su origen del pueblo de Sedeyra en el mismo territorio; sus antecesores sólo le hicieron heredar un vínculo destruido y una nobleza casi mendigante, que le obligó a tomar la carrera de la Marina para obtener el nombre de los que le antecedieron; se ligó en matrimonio el año 1787 y el primer fruto que vio de su unión fue mi nacimiento y su primer cuidado el de no perdonar medio para que yo recibiese una educación que le proporcionaba mi primogenitura, fundando su esperanza en que lo reemplazase algún día en la sociedad a que él pertenecía; mas sus esperanzas fallecieron a un mismo tiempo con su existencia en la Isla de Jamaica (que hoy poseen los ingleses). Prisionero de la Corbeta de Guerra "San Pío" que fue tomada al principio de la guerra. Este acontecimiento para mi familia inesperado me expuso a quedar embrutecido y acaso a mendigar; mas un verdadero amigo y condiscípulo de mi padre tomó a su cargo mi educación, y yo lo vi desposarse en segundas nupcias con mi madre, accediendo ésta a un

enlace que no hubiese efectuado sino por el demasiado amor hacia sus tres hijos que de mi padre habíamos quedado; pero muy pronto tuvo el desconsuelo de verse por segunda vez viuda, y yo huérfano cuando acababa de cumplir trece años y con otro hermano más.

En edad tan prematura no me proporcionaba la suficiente capacidad para raciocinar sobre mi suerte futura; pero a la que me era forzoso dejar por no hacerme más gravoso con mi permanencia a su lado.

Mi resolución sobre lo que debía emprender fue muy pronta y sin trepidar un solo instante, se lo hice saber a mi señora madre, quien se me opuso con todo el ardor que le sugería su mismo amor hacia mí; y mucho más se oponía cuando informada que queriendo yo seguir el torrente de otros que surcando el gran golfo, quería buscar en América una fortuna que yo no conducía conmigo mismo; estas reflexiones paralizaron algunos meses mi resolución, fomentándose cada día más a proporción que iban desenvolviéndose mis facultades intelectuales; ella en fin, tuvo que ceder a mis sugerencias y súplicas con la condición lisonjera de un pronto regreso.

El día 14 de junio de 1803 fue el destinado para mi partida, y yo vi con el mayor placer venir este día venturoso que me separaba de un país en el cual sólo se me presentaban imágenes de dolor y orfandad, poniendo con regocijo la planta en un buque pequeño que me debía conducir a la Coruña para embarcarme a bordo de la Corbeta de Guerra "Mosca", que mandaba el teniente de Navío Dn. Teodomiro López; rodeado de toda mi familia, que no cesaba de derramar lágrimas por mi separación, sólo yo permanecía sin agitación y con la misma vi mi separación y en pocas horas me encontré en La Coruña y ya separado de una familia que tanto me amaba.

A los dos días se hizo la corbeta a la vela con destino al puerto de Montevideo, situado en el Río de la Plata en la América del Sur; el viento era fresco, el cual separaba con armoniosa marcha nuestro bajel insensiblemente del puerto y de la costa, que iba desapareciendo al paso que las tinieblas de la noche se aproximaban; entonces era cuando la imagen de una tempestad se apoderaba de mi imaginación, recordándome que la fortuna es demasiado inconsistente para que con la apacibilidad de los vientos viese siempre impelida nuestra nave, sin sufrir las tempestades a que una larga navegación sujeta a sufrir al marineró; con esta memoria dejaba la cubierta para recogerme en mi lecho, después que en el buque no se



oía más que el sonido armonioso de una campana que señalaba las horas, y el ruido tranquilo y acompasado de los pies del marinero que paseaba para vencer su guardia.

Así navegamos sin que nada alterase nuestra feliz navegación, mas en uno de los últimos días del mes de agosto, se presenta sobre un cielo despejado una imperceptible nube, presagio de un huracán horroroso que insensiblemente se aumentaba hasta que oscureciendo el cielo hizo manifestar que Neptuno exigía el homenaje que todo navegante debe tributarle; al efecto las olas se embravecieron y lo que antes era un mar benigno se presentó a nuestra vista muy pronto dispuesto a sumergirnos en su seno. El comandante de la corbeta tomó todas las precauciones que el arte aconseja en estos casos; mas nada fue suficiente para que la corbeta se rindiese a la impetuosidad del viento y de las olas; faltaron las escotas del contrafoque y mata soldados con que nos manteníamos a la capa, y a su violencia cedió el buque a las olas el paso sobre su cubierta que les había negado desde su construcción, y toda su tripulación se contaba víctima de un naufragio irremediable; mas la mano del Omnipotente que vela sobre la criatura y en particular del navegante, nos hace volver de nuestro terror concediendo una mano benéfica que extiende sobre nuestro débil bajel para libertarle de la atrevida ola que pretendió sumergirnos, dejando a bordo una cantidad de agua que en seis horas no pudo completamente extraerse por toda la tripulación, a pesar de su constante actividad; mientras esto acaecía la corbeta cedió su popa al viento y a las olas que velozmente la impelían corriendo trece millas a palo seco desandando un camino que con dolor veíamos dejar, aunque no era por entonces lo que más agitaba, y sólo sí el de volvernos a ver en el peligro de que habíamos salido y que aún amenazaba; para evitarlo vi subir hachas sobre cubierta que debían servir para picar los tres palos, pero felizmente este caso no llegó, respecto a que abandonando el sitio del temporal, el mar y el viento se iban encontrando menos embravecidos, hasta que después de ocho días nos dimos el parabién de haber salvado de los peligros corridos, encontrándonos sobre un mar más tranquilo y en cuyo tiempo nuestro alimento se reducía a galleta y queso, que no faltó.

Reparados de nuestros males ya sólo se pensó en volver a tomar el rumbo que el temporal nos había hecho dejar, y en treinta días de un viento apacible fondeamos en el Río de la Plata, tomando el puerto de Montevideo el 24 de setiembre de 1803.



Al día siguiente salté en tierra para hacer uso de las recomendaciones que se me habían dado al salir del Ferrol y Coruña; pero como yo pensaba permanecer pocos días en Montevideo, apenas hice uso de dos que me proporcionaron lo necesario para existir y tomar algunos conocimientos que me diesen idea del país que pisaba; siendo el resultado de ellas mi resolución de transportarme a Buenos Aires, capital del Virreinato de este nombre y el cual sólo distaba una travesía de más de cuarenta leguas, que por lo regular se hacen en veinte y cuatro horas de buen tiempo.

El 21 de octubre dejé la ciudad de Montevideo para pasar a la de Buenos Aires, embarcándome en una goleta de las que hacen el tráfico entre ambos puertos, y al otro día amanecimos fondeados en la bahía sin poder desembarcar por el recio Norte que tenía bastante picado el río; mas el 23, que amaneció un poco más apacible, lo verifiqué en compañía de un comerciante de Montevideo, que me servía de mentor, y el cual me condujo a la casa de Don Roque Burrigorri, a la que era destinado. Este comerciante afable, benigno y desinteresado, me recibió con las demostraciones de la mayor complacencia, y yo inmediatamente formé de él el mejor concepto, por su edad y método de vivir que le observé entregándome a su dirección. Mas como él ya se hallaba casi totalmente retirado del giro activo y sólo conservaba algunos dependientes que él protegía con sus intereses, entre los cuales prefirió el que me podía proporcionar más conocimientos en la carrera del comercio a que se me había destinado por mi familia, siendo éste Dn. Manuel Blanco González, en cuyo registro permanecí dos años con bastante repugnancia porque su educación no correspondía a la que yo había recibido; mas en mi situación era necesario sufrir hasta que se me proporcionase otro medio que hiciese menos incómoda mi repugnancia, la que llegó a verificarse con el motivo del rompimiento de guerra con los ingleses, en que el pueblo de Buenos Aires se vio presa de ellos por una súbita incursión hecha por la fuerza que mandaba Sir Guillermo (en blanco) [Carr Beresford], que tomó posesión de esta populosa ciudad indígena el 25 de junio de 1806.

Este incidente imprevisto hizo pensar a sus habitantes que debían por sí mismos repeler una fuerza que los dominaba, y cuyas costumbres e idioma no correspondían con el país; mas exhaustos de armas y municiones, era preciso ocurrir a los pueblos de la dependencia para que los auxiliasen. La plaza de Montevideo era la que se hallaba en más actitud de verificarlo y así es que en cuanto



recibió las primeras noticias, se dispuso en el primer impulso a su defensa y sucesivamente pensaron en expedicionar seguros del buen éxito, por los que debían reunirse en su marcha, y mucho más cuando todos los elementos eran dispuestos naturalmente contra unos hombres que eran enteramente extraños.

Mientras en Montevideo se pensaba expedicionar a invitación de los vecinos principales de la capital, éstos iban reuniendo algunos elementos en una casa de campo nombrada "Pedriel" y en la cual se iba protegiendo la deserción de los ingleses, que disgustados por su disciplina procuraban evadirse de ella, mas no tardó Beresford en tomar conocimiento de esta reunión que a los pocos días emprendió sobre ella y dispersó, a pesar de haber encontrado resistencia, aunque era muy débil todavía.

Con este suceso el pueblo agitaba más y más las invitaciones al Gobernador de Montevideo y al de Córdoba, donde se hallaba el fugitivo Virrey, para que con la brevedad posible expedicionasen sobre la fuerza extraña que dominaba la capital; mas esto no podía verificarse tan pronto como se deseaba, respecto a que todo era necesario se construyese porque nada puede decirse había; la demora agitaba cada día más y más los espíritus de los habitantes de la capital, hasta el extremo de hacer salir al capitán de Navío Dn. Santiago Liniers, para Montevideo, el cual con permiso de Beresford, había sólo venido a ver a su familia, que tuvo muy pronto que dejar por corresponder a los deseos de un pueblo que ansiaba por sacudir el yugo extraño que sentía.

La llegada de Liniers a Montevideo no sólo activó la expedición, sino que su Gobernador Dn. Pascual Ruiz Huidobro la hizo poner en marcha, dando el mando de ella al mismo Liniers, el cual la condujo sin la menor novedad hasta los suburbios de la capital ocupando en ellos el campo que se conoce con el [nombre] de "Corrales de Miserere", desde el cual intimó al jefe Beresford la rendición de la fortaleza que ocupaba, y con ella el todo de la ciudad; mientras Liniers daba este paso vio reunirse a sus filas porción de vecinos tanto armados como desarmados, y entre ellos muchos soldados veteranos que se hallaban diseminados por la población y arrabales, de los cuales se formaron dos cuerpos, uno de infantería y otro de caballería; el primero al mando de Basquez y el segundo al de Dn. Juan Martín de Pueyrredón. Con aumento tan considerable, no trepidó Liniers al recibir la absoluta negativa de Beresford emprender ya sobre sus puestos, a cuyo efecto dio las órdenes res-



pectivas para aproximarse a la ciudad, ocupando la plaza del Retiro guardada por un pequeño destacamento inglés que fue hecho prisionero después de batido. Beresford, noticioso de este movimiento emprendió el suyo con una columna de ochocientos hombres para defender el Retiro y proteger su destacamento, mas al tiempo de desembocar la calle llega la artillería de Liniers que toma posesión ventajosa y sus fuegos hacen retroceder inmediatamente a Berresford y sus fuerzas, limitándose a conservar la fortaleza y algunas azoteas que conservó el resto de la tarde y noche; yo que había conservado mi fusil, mi forniture con cuarenta cartuchos y algunas piedras de chispa; a pesar de las penas que imponía el vencedor Beresford, para que todo vecino entregase los artículos de guerra que conservase en su poder, me abstuve de obedecer sus bandos, tomando la precaución de sepultarlo por si algún descuido me lo hiciese descubrir; mas en esta noche me entretuve en limpiarlo y ponerlo en estado de utilidad, lo que verificado, aguardé que amaneciese para reunirme a los Reconquistadores; y a pesar de que otros se querían reunir a mí, se hallaban desarmados y uno que otro que se reunió armado, marchamos entre crepúsculos a la plaza del Retiro, donde tuve la satisfacción de presentarme a Liniers para que me admitiese en sus filas, lo que verificó destinándome a una compañía de voluntarios. Mas a las pocas horas pedí incorporarme al cuerpo de infantería formado de vecinos, y al cual se le dio el nombre de "Unión" y bajo el cual peleó este día.

El entusiasmo que por grados iba creciendo en todos los que componían este pequeño ejército que ansiaba por el momento del combate, obligó a Liniers, para acallarlos, a destacar sobre los ingleses algunas guerrillas que se fueron insensiblemente [adentrando en la ciudad, y así, exponiéndose a enfrentarse a los ingleses en desventaja]; hasta que, llegando al campo [Retiro, donde tenía su cuartel general Liniers] la primera noticia de su peligro fue espontánea la marcha del todo en su auxilio a carrera abierta, y en el momento nos vimos en la plaza mayor, tiroteando al enemigo en todas direcciones por haberse encerrado en la fortaleza, cuya débil resistencia no podía demorar mucho su rendición, y mucho más cuando nuestras fuerzas se iban aumentando gradualmente con las mismas armas que el entusiasmo arrancaba de las manos de los ingleses que morían o corrían. Beresford desengañado de que su peligro iba en aumento y que ningún partido podía sacar de su obstinación, en razón de que su peligro era cierto, pidió una capitula-



ción que no le fue concedida sino por la generosidad después de rendido, viendo desfilar los vencidos a entregar las armas en la Casa Municipal.

Conseguido expeler los ingleses, era preciso precaverse de las posteriores incursiones que podían intentar sobre un país que ya habían dominado; al efecto, se dieron órdenes para la reunión del vecindario por provincias, que debían formar batallones y escuadrones de milicias urbanas, y cuyo ciudadano obediente por conservar su domicilio no trepidó un momento en reunirse cada uno a la formación del cuerpo que con el nombre de su provincia se creaba, o aquel a que más se inclinaba por razón del arma o amigos que se reunían en él. El primer cuerpo que se formó fue el escuadrón de Húsares al mando de Dn. Juan Martín de Pueyrredón, compuesto de los jóvenes de las primeras familias del país; el segundo lo fue el batallón de Artillería de la Unión, que la Municipalidad se comprometió a vestirlo y mantenerlo, dando el mando de él a un catalán apellidado Sentenac; y sucesivamente se fueron formando los batallones de Vizcaínos, Gallegos, Catalanes, Andaluces, Arribeños, Pardos y Morenos, tres de Patricios, un batallón de Artillería de naturales y castas; los escuadrones de Vivas, Núñez, Migueletes, Quinteros, y una compañía llamada la Escolta, fueron los creados para atender a la defensa posterior del territorio, creciendo el entusiasmo a proporción de las regalías que el comandante Liniers concedía, viéndose por la primera vez reuniones populares para nombrar sus jefes y oficiales, los que una vez nombrados sólo se pensó en que cada nuevo cuerpo tomase la instrucción necesaria para ponerse en el estado de utilidad que las circunstancias exigían, aumentándose éstas cada día en razón de que una nueva expedición inglesa había entrado en el Río de la Plata, y la ninguna esperanza de que la España auxiliase con tropas este país amenazado, a pesar de las súplicas dirigidas al efecto por el cuerpo Municipal y principales jefes y vecinos al Gabinete de Madrid.

Al paso que los cuerpos urbanos iban tomando su organización y disciplina, los pocos veteranos que habían, bajo los nombres de Tixo, Dragones, Artillería y Blandengues, se estimulaban al cumplimiento de su deber, siendo el último cuerpo el que con más fuerza contaba y el cual no excedía de 450 hombres, pues los demás habían quedado reducidos a simples cuadros.

Desde el 12 de agosto de 1806 en que se había reconquistado la capital, hasta enero de 1807, no se había perdido un momento



que no hubiese sido empleado en procurarse la capital una regular defensa, a cuyo efecto Liniers remitió a todos los veteranos a la plaza de Montevideo, tanto por haber sido pedidos por el Gobernador de ella, cuanto porque el Subinspector quería tener a su inmediación las tropas que inmediatamente dependían de su mando, debían atender a la defensa de una plaza que nuevamente se hallaba amenazada por el nuevo desembarco verificado por la reciente expedición que había entrado en el Río a las órdenes de Sir Samuel Auchmuty y la cual acababa de desembarcar en el puerto de Maldonado dirigiéndose por tierra sobre la plaza de Montevideo.

Este incidente hizo temer el nuevo peligro en que se hallaba el territorio, y para evitarlo Liniers invitó al vecindario a prestar un socorro a una plaza que si se desatendía era probable cayese en poder de los ingleses; su insinuación fue bastante para la organización de una expedición auxiliadora, que se aprestó y embarcó en muy pocos días, en los cuales Sir Samuel Auchmuty se aproximó a los muros de la plaza; le puso sitio, abrió brecha y tomó por asalto.

Cuando Liniers recibió esta noticia se hallaba en marcha sobre la plaza, después de haber desembarcado en la colonia del Sacramento con una fuerza de mil quinientos hombres, la cual hubiese sido suficiente para repeler a los ingleses reunida a la guarnición que tenía Montevideo, mas ya en su auxilio era inoportuno y así es que resolvió reembarcarse y volver a Buenos Aires donde con su llegada se esparció por toda la capital la pérdida, la que en el momento se consternó, mas su consternación fue momentánea, porque al paso que iban llegando los que habían salvado del asalto, y manifestaban los riesgos que habían corrido y desgracias ocurridas a sus defensores, se exaltaba el espíritu de los habitantes y gradualmente creció el entusiasmo, hasta el extremo de que todo hombre se olvidase de cuanto le pertenecía y sólo toda su atención se dirigía [en blanco] y a la exactitud del cumplimiento de las obligaciones de un simple soldado, en la que creía cifrada no sólo su defensa particular, sino la de sus esposas, hijos e intereses.

Los ingleses, dueños de la plaza de Montevideo y su puerto, recibían diariamente socorros que cada día los iban haciendo más fuertes, por cuya razón se temía ya la próxima invasión sobre la capital, que era necesario precaver; pero un pueblo que quiere conservar su libertad, nada teme aunque sus recursos sean débiles; mas de la misma debilidad se crían fuerzas y éstas ejercitadas toman nuevo vigor. Un nuevo batallón sale a luz creado de todos los res-



tos de mar, formado sobre los restos de nuestra destruida marina; otro se forma de los individuos de maestranza, y aun las matronas habrían formado cuerpo si se les hubiese permitido, porque su entusiasmo y energía no cedían al de sus esposos, padres e hijos.

Dispuestos ya a una defensa vigorosa eran visitadas las bahías de Buenos Aires por buques menores de guerra, los cuales presagiaban una pronta invasión, la que activaron con la llegada a Montevideo de las tropas que condujo consigo el general Witelocke, que reunidas a las que tenía Sir Samuel formaron en todo once mil hombres, que desembarcaron en la costa del Este, cuyo terreno se lo facilitaba impunemente.

Con la primera noticia de su desembarco se hizo la señal de alarma, y todo el pueblo fue un ejército y sus edificios unas fortalezas; empezando a desfilar los batallones para el campo destinado a la batalla, y el cual se conoce con el nombre de Barracas; se presenta Liniers con su Estado Mayor, y su vista sola exalta los espíritus, viéndose en el semblante de cada hombre la imagen de la victoria que no estaba distante; organizada la línea se esperaba ya sólo al enemigo para medir nuestras fuerzas, que vimos evadirse de ellas, corriéndose para nuestra derecha, que nos obligó a dejar el campo siguiendo su movimiento, el cual se dirigía a la ocupación de la ciudad sin batirse; pero esto era imposible, porque nosotros dueños del terreno y así es que tomando el más corto les salimos a su vanguardia en el campo de Miserere, donde ya fue necesario hacer nuestro ensayo, que cupo en suerte al batallón de Arribeños y en particular a su compañía de granaderos que fue destruida sin que el terreno pudiese proporcionar más que darles débiles auxilios, ni menos empeñar una vigorosa defensa, lo que obligó a ceder por entonces el terreno, tanto por la aproximación de la noche, cuanto porque los cuerpos agitados por una marcha acelerada y penosa a que no estaban acostumbrados, había hecho decaer su vigor, y mucho más porque las cercas impedían ver al enemigo, con las que se había cubierto.

El batallón en que yo prestaba mis servicios era el de Gallegos, el cual encajonado en una calle tuvo que ceder el terreno a los que le antecedían, que poco ordenados no se les oía más que la voz de "a la plaza" que todos espontáneamente siguieron, apoderándose de algunos un terror que querían hacer concebir un gran peligro, y lo que era más, nuestra derrota, que no era fácil pues los fuegos no habían correspondido al objeto, y los cuerpos se hallaban intactos.



Desde luego, Witelocke desaprovechó este momento para haber sacado ventajas, pero él no estaba al alcance de prever cuanto pasaba entre nosotros, mucho más cuando la noche había cerrado, hallándose sobre un terreno desconocido y en el cual era necesario diese descanso a la tropa, naturalmente fatigada con la marcha de ese día y el anterior, en los cuales el soldado no había tenido otro auxilio que las raciones que debía conducir en su mochila, al mismo tiempo él no había batido el ejército que al medio día había visto formado a su frente, y el cual considerado intacto, no debía exponer el suceso aventurándolo en esa noche.

Amaneció el 6 de julio de 1807 y con él, nuevo vigor y entusiasmo, que supo hacer servir el alcalde de primer voto Dn. Martín Alzaga, la llamada se oía en toda la ciudad y a un compás todos los vecinos se reunían a sus compañías, que muy en breve estuvieron en toda su fuerza, con la cual marchó cada uno a ocupar el puesto que se le había señalado para la defensa. La compañía en que yo servía, que era la de granaderos del batallón Gallegos, fue destinada al Retiro bajo las órdenes del capitán de Navío Michelena que mandaba el batallón de Marina, algunas compañías de artillería y el escuadrón de Rivadavia; ocupamos este punto a las siete de la mañana, mientras a igual hora los demás cuerpos hacían otro tanto en los que se les había destinado, que en lo general fueron las azoteas de todas las casas, que por su natural construcción forman unos parapetos unidos de cada manzana, los cuales se cubrieron a mayor abundamiento de granadas de mano y frascos de fuego que con facilidad podían arrojar las mujeres y aun los chiquillos.

En este estado se pasaba el día sin que los enemigos hubiesen dejado de ser incomodados en sus posiciones por aquellos vecinos más valientes y entusiastas, cuyo ardor no se apagaba sin haberse tiroteado algunas horas, con los puestos avanzados del enemigo, sobre los cuales conseguían ventajas, algunas veces, aunque muy cortas; hasta que la mañana del 7 dispusieron los ingleses sus columnas de ataque, más o menos fuertes, según el puesto que se la encargaba atacar, y a una señal que recibieron tomaron la dirección señalada que era en todas las que marcaban las entradas de la plaza mayor, a donde se dirigieron en el mayor orden, observados por nuestros bravos los dejaron adelantarse de tal modo y sin ser vistos, que puede decirse que casi a un mismo tiempo y espontáneamente fueron sorprendidos con un fuego graneado tan vivo que muy pronto les obligó a abandonar la empresa, y a replegarse a donde podían



salvar del peligro, que muchos por huir de él, lo aumentaban, dándose por último resultado de su esfuerzo, prisioneros.

Mientras esto pasaba en el centro de la ciudad, la columna que defendía el Retiro, fue atacada por la fuerte columna al mando de Sir Samuel Auchmuty, sobre la cual se rompió un fuego de artillería y fusil bien sostenido que por lo pronto los contuvo, mas corriéndose por su izquierda empezaron a ocupar las alturas que dominaban nuestro puesto, habiendo tomado la batería de Abascal y parque de artillería que estaban abandonados, y desde el cual enfilaron una pieza de a doce que apagaba nuestros fuegos que también se habían disminuido por la falta de municiones y lo cual obligó a pensar en replegarnos al centro de la ciudad, mas esto no era en el momento asequible porque ya nos hallábamos cercados; pero el valor todo lo supedita, Dn. Jacobo Adrián Varela lo probó en esta mañana con la compañía de granaderos Gallegos que mandaba, la cual dirigiéndose con ella a la calle principal, que se dirige al centro de la ciudad, la despejó de los ingleses abriéndose paso que para sus granaderos no quería, sino para los compañeros que ocupaban la plaza del Retiro; este motivo nos obligó a retrogradar en medio de un fuego que sufríamos de los flancos, y al cual llegamos sin mayor pérdida.

Puesto en noticia del capitán de Navío Concha, el suceso, ordenó se replegase la división del mejor modo que pudiese salvar, por la calle que acababa de ser despejada, lo que se empezó a verificar; yo me dirigí con mis compañeros a ella pero ya estaba cubierta con mayor fuerza que la que habíamos encontrado al principio, esto no nos arredró, corriéndonos sobre nuestra derecha que encontramos obstáculos de cercas fáciles de abrimos el paso sin ser vistos de los ingleses, lo que verificado empezamos a salvar de una en otra, hasta que nos hallamos fuera del peligro y con guerrillas de los Blandengues, a las cuales nos unimos proveyéndonos de cartuchos de que ya estábamos exhaustos; mas como nosotros deseábamos tomar conocimiento del todo del suceso, nos dirigimos al centro de la ciudad, la cual encontrábamos sembrada de cadáveres todas sus calles y sólo algún fuego sobre el convento de Santo Domingo, a donde nos dirigimos, pero en vano, porque al aproximarnos a una de sus calles supimos que acababan de rendirse, cuyo suceso coronó la victoria.

Ya no restaba más que batir la columna de Sir Samuel Auchmuty, los restos que existían con Witelocke en la Residencia y algu-



nos sobre Santa Catalina; mas deseando evitar la efusión de sangre que aún corría, se dispuso la remisión de un oficial parlamentario a Witelocke, que pusiese en su conocimiento su verdadero estado y el número de jefes, oficiales y tropa que conservábamos prisioneros en nuestro poder; esta resolución no fue vana porque ella correspondió al objeto, respecto a que enterado el general inglés de su estado verdadero, mandaron de parte a parte la suspensión de hostilidades, y ya sólo se pensó en la organización de una capitulación que contuvo el dejar el país en el estado que lo habían encontrado al entrar las fuerzas inglesas en el Río de la Plata; en su consecuencia se entregó la plaza de Montevideo de que eran dueños, y los prisioneros que mutuamente se retenían, procediéndose a reembarcarse y dejando el país.

A los treinta días de firmada la capitulación marcharon de Buenos Aires, una compañía por batallón a recibirse de la plaza de Montevideo que entregaron religiosamente.

Desocupado el territorio de las fuerzas invasoras se dio, como era natural, parte al Gabinete de Madrid de todo lo ocurrido, y su contesto fue el nombramiento de Virrey en Liniers, uno u otro grado a uno u otro oficial veterano y en lo demás dejando un vacío que la política no supo ocupar oportunamente, y el cual dio lugar para que se pensase que un pueblo, que para su estabilidad no contaba con otras fuerzas que las suyas mismas, debía depender de sí mismo, con total separación de la Metrópoli que en sus mayores aflicciones la había desatendido, y mucho más cuando a lo lejos se descubría una sombra de intriga con respecto al país en el Gabinete de Madrid... por su total desentendencia.

Este problema ya una vez sentado era indispensable se procurase encontrar su resolución, en que cada día se iba facilitando más y más su desarrollo; los españoles europeos eran interesados en él, mas con objeto distinto que el que llevaban los americanos; en este estado la opinión general disentía aunque no en el todo. Las primeras noticias que se recibieron de la prisión de Fernando, y la introducción de tropas francesas en el territorio español, no dejaban una duda de que la Francia intentaba hacerse dueña de la España, en cuyo caso la necesidad exigía procurarnos nuestra seguridad de que ya se hallaba francamente.

No siendo llegado el caso, tanto por la falta de probabilidad en los hechos preliminares, cuanto porque las noticias recibidas no habían sido aún bien desentrañadas, contenía al pueblo y lo tenía



quieto, a lo que no contribuía poco el afecto que se tenía al general Liniers, que como Virrey continuaba mandando el país.

Esta indecisión duró algunos meses, hasta que repentinamente se presentó en Palacio el brigadier Goyeneche, remitido por la Junta de Sevilla, según unos, y según otros por Josef Bonaparte, pero el pueblo por entonces no indagaba su verdadera misión, sino su curiosidad se reducía a saber si existía Fernando, si era libre y si la España estaba en actitud de vengar la injuria que tan repentinamente había recibido; éste era el interés que por entonces conservaba la masa general del pueblo, y que Goyeneche conoció en el momento, satisfaciendo del modo más análogo a sus deseos, que sencillo empezó a desplegar un júbilo a proporción de la sorpresa que les había causado la primera noticia de su cautividad, en razón del prestigio que este nuevo Monarca tenía en toda su corona, y mucho más en razón de los males que la nación había soportado en la administración de su padre Carlos IV, cohibido por la autoridad de Godoy, su mayor favorito en aquella época.

Con este motivo se hicieron funciones suntuosas en que el pueblo entregado al placer, hizo los mayores gastos para manifestar su adhesión a la corona de España, y por el deseo de ver en el trono a un príncipe de quien esperaba la nación curaría los males de que adolecía, y su primer cuidado fue hacer erogaciones de consideración para con ellas socorrer al Gobierno peninsular, cuya necesidad de numerario se manifestaba como un obstáculo para sostener los ejércitos que combatían contra los del Emperador Napoleón; ningún vecino dejó de contribuir, y la suma total fue entregada a disposición del Virrey para el objeto.

Inter el pueblo de Buenos Aires se manifestaba satisfecho, el de Montevideo presentaba otro aspecto diametralmente opuesto. Su gobernador Elío empezó por reconvenir al virrey Liniers, manifestándole que Goyeneche era un comisario enviado por Josef Bonaparte, con el objeto de preparar la opinión de la América del Sur en su favor, y que él se había puesto de acuerdo con su misión, respecto a la buena acogida que le había dado en su capital. Liniers procuró satisfacer estos cargos, mas su amor propio debía estar resentido al verse reconvenido por un subalterno y las contestaciones debieron envolver seguramente algún poco de autoridad, respecto a que repentinamente se observó una total desobediencia del Gobierno de Montevideo a la capital, de cuyas resultas ambos jefes ocurrieron a la Metrópoli, con los documentos que abogaban en su



causa, y de que resultó en partes una división de opinión entre europeos y americanos, declarándose los primeros sostenedores del Gobernador Elío y los segundos del Virrey Liniers.

Yo entretanto observaba que el servicio militar se hacía más activo, y aunque servía en un batallón puramente urbano y compuesto de los nacionales Gallegos empleados en el comercio y artes, no dejaba de incomodarme la continuación en él; tanto porque mi situación requería marchar por una senda más segura que me proporcionase carrera para lo sucesivo, cuando porque en la carrera del comercio a que me había dedicado no me permitía contraerme a ella, la clase de servicio en que continuamente se nos ocupaba, y como mi inclinación era más para la milicia que para el comercio, formé muy pronto mi resolución decidiéndome por ella, mucho más cuando fui ilustrado por antecedentes que no tenía y que más fácilmente me resolvieron, a que no contribuyó poco el comandante D. Francisco Antonio Ortiz de Ocampo, que lo era del batallón No. 3, brindándome su protección, y en lo que manifestaba un interés decidido porque yo tomase los cordones en su batallón; con este motivo organicé mi solicitud al Subinspector, que lo era el Brigadier Velasco, entregándola a Ocampo, quien en el mismo día la puso en manos del Subinspector y decretó mi admisión, sentándoseme la plaza de cadete en el indicado batallón con fecha 7 de abril de 1807; admitido y sentada mi plaza, me fue necesario ponerlo en conocimiento del comerciante bajo cuyos auspicios me hallaba, quien al principio no me dio acogida, prodigándome reflexiones que en mi situación estaban demás, y sólo tuvo por contestación definitiva el que no se opusiese a mi natural inclinación, pues a pesar de que mi familia también se había opuesto, y con cuyo objeto había pasado a América, parece que esta medida no había sido suficiente a impedir mi inclinación que ya veía verificada; que sólo esperaba auxiliase mi resolución para que no fracasase en su origen mi empezada carrera, que ya iba adornada de algún mérito por mi concurrencia a la conquista y defensa de la capital, que posteriormente hice valer para obtener el grado de subteniente que se me confirió en 12 de agosto del mismo año.

Como mis aptitudes y mi absoluta contracción al servicio me granjeasen la confianza del comandante y demás oficiales del batallón, fui tratado en todo el tiempo que serví de cadete con una distinción que en mi concepto no gozaron los demás compañeros que se hallaban en mi clase, por cuyo medio alcancé ponerme al



corriente de las ideas que se querían desplegar con motivo de las ocurrencias que diariamente se manifestaban en marcha hacia el objeto que se dirigían desde que la capital había sido defendida de la invasión inglesa.

Dividida la opinión entre españoles europeos y españoles americanos, se aumentaba ésta cada día más, en razón de que el Gobernador de Montevideo sabía fomentarla, sin que el Cabildo de Buenos Aires, a cuya cabeza se hallaba Alzaga, dejase de contribuir al objeto de Elío, que era la deposición de Liniers, que no podían conseguir fácilmente sin sacar de las manos de los americanos las armas que habían servido para la defensa del país, y cuyo número era naturalmente superior al de los europeos; mas sin embargo trabajaban para verificarlo bajo pretextos onerosos que sabían rebatir los jefes de estos cuerpos, a cuya cabeza del todo se hallaba don Cornelio Saavedra, que mandaba los batallones de patricios, y al cual seguían Dn. Francisco Antonio Ortiz de Ocampo, Dn. Pedro Andrés García, Dn. Martín Rodríguez y otros jefes, que tomaban una menor parte, de que resultaba necesario que los españoles europeos ocurriesen a medios más violentos para conservar la preponderancia que veían se les iba escapando insensiblemente; al efecto intentaron en la primera reunión popular que se celebraba el 1º de enero de 1809 para nombrar municipales deponer al virrey Liniers, so color de que el pueblo lo quería, en lo que no tomó poca parte el obispo Dn. Benito Lue; con estos preparativos se presentaron parte de los pueblos de catalanes, gallegos y vizcaínos armados, en la plaza mayor tumultuariamente, y los cuales operaban sin oposición en su pretendido objeto, mientras tanto los cuerpos americanos se mantenían quietos en sus cuarteles, en el mayor orden, simples espectadores de cuanto pasaba, hasta que repentinamente llegó a mi cuartel la noticia de que al virrey le obligaban a firmar su renuncia. Este incidente nos hizo poner en marcha con la mayor velocidad a ocupar la fortaleza en la cual existe el palacio de los virreyes; el comandante Saavedra, que fue avisado oportunamente por Ocampo, se presentó en el salón de palacio con sólo su ayudante, en donde se hallaban el Itmo. Obispo y una diputación municipal que a una voz instaban por la necesidad de que el Virrey Liniers renunciase, a que no eran pocas las sugerencias del Señor Obispo, que al fin decidieron al virrey a firmar la renuncia que ya iba a verificar, mas en el momento de tomar la pluma fue en el que se presentó el comandante Saavedra, y el comandante Ocampo que enterándose de lo



ocurrido, despliega Saavedra un carácter firme y con aire imponente expone: "S. E. no firma, el pueblo lo sostiene"; a que repuso su Ilma. el Obispo: ¿qué pueblo? El que me obedece y mando, que es el verdadero pueblo, y a cuya vista desaparecerán los tumultuados; se le rebatió por el Obispo, contestó Saavedra, y en oposición de opiniones, Saavedra dio la espalda al Obispo, dejando sus órdenes al comandante Ocampo, se puso en la plaza que atravesó por el medio de los tumultuados que esperaban el resultado de su diputación, y enterados de ella tomaron el aspecto más hostil, hasta haberse disparado algunos tiros por los Catalanes, y llamando con la campana municipal, a cuyo tañido salen de su cuartel los batallones de Patricios que presidía su comandante Saavedra, y haciéndolos desplegar en batalla en la plaza, ve seguir este movimiento al comandante don Pedro Andrés García, que mandaba el de Montañeses, y al comandante Merelo, que mandaba el de Andaluces; a su presencia desaparecen todos los europeos, que fueron desarmados la misma tarde y recogidas sus banderas.

Dado este paso por el comandante Saavedra, el virrey aseguró el mando y los cuerpos americanos ya una vez comprometidos, procuraron asegurarse en su preponderancia; al efecto se procedió a la captura de algunos jefes y oficiales y aun particulares que se consideraron agentes y municipales promovedores del motín, en que no dejó de ser comprometida la Municipalidad que posteriormente fue deportada a Patagones, creándose otra nueva que la reemplazase.

El Gobernador Elío enterado en el pormenor de las ocurrencias, se confirmó en sus ideas y se afirmó más y más en ellas a consecuencia de lo que sus partidarios le comunicaban desde la capital, lo que dio mérito a ocurrir nuevamente por ambas partes al Gobierno Peninsular, que entonces se componía de la Junta Central, la cual deliberó la remisión del Teniente General Dn. Baltasar Cisneros para que relevase a Liniers, el cual llegó a Montevideo a mediados del año nueve, en cuyo punto fue instruido de sucesos que no habían ocurrido, y aun hasta el extremo de asegurar que no sería recibido por el pueblo que capitaneaban los jefes indicados, y los cuales estaban algo distantes de verificar todavía; con este motivo emprendió Cisneros su marcha por tierra desde Montevideo a la Colonia del Sacramento, con el objeto de instruirse de más cerca del estado de la capital y saber decididamente de este punto, si sería o no recibido; al efecto se dirigió a los jefes indicados mandándolos llamar a la Colonia, so pretexto del servicio, a que supo dar un



excelente colorido, y aunque los jefes entendieron su verdadero sentido, no trepidaron en ponerse en marcha al punto que se les indicaba, seguros de que cualquier violencia que se cometiese con ellos, sería el poderoso motivo del rompimiento con las relaciones europeas, que ya estaba pactado, y el cual no se había puesto en ejercicio por el atraso de la opinión y la falta de todos los elementos que eran necesarios, a pesar de que la ciudad de La Paz había hecho su pronunciamiento creando la Junta.

Llegados los jefes a la Colonia del Sacramento, el General Cisneros recibió en su presencia el desengaño más completo de la buena disposición con que el pueblo lo esperaba, y Liniers pronto a poner en manos de su sucesor el bastón, el cual sólo esperaba su llegada para verificarlo.

Este paso dejó enteramente disuadida la preparación de Cisneros contra jefes tan beneméritos y resolvió su pase a la capital, en la cual se le recibió con la esplendidez que no habían presenciado los que lo habían antecedido, porque así lo quisieron los individuos que Elío quiso acaso desacreditar, y cuya conducta posterior se los confirmó.

Hecho cargo Cisneros del mando, Liniers se retiró a la ciudad de Córdoba con su familia, respecto a que las circunstancias en que se hallaba la Península no le permitían, por entonces, trasladarse a ella, y mucho más cuando se hallaba en medio de un pueblo que le tributaba gratitud y amistad, no faltando quien le aconsejase se quedase en la capital para en ella servir cual otro Timoleón.

Hecho ya cargo Cisneros del mando, se recibieron noticias de que la ciudad de Chuquisaca había depuesto al Presidente de su Audiencia, Teniente General Pizarro, como igualmente, que el Brigadier Goyeneche había sido remitido desde la capital de Lima por el Virrey Abascal, para tomar el mando de las tropas que se hallaban en el Cuzco y las cuales debían sofocar el movimiento ejecutado en la ciudad de La Paz; con este motivo el virrey dispuso que el Mariscal de Campo Nieto, nombrado Presidente de la Audiencia de Charcas, marchase con una columna que se compuso de una compañía por batallón, de los que hacían la guarnición de la capital y con la cual se dirigió a sofocar los principios que se desplegaban en el interior del Alto Perú.

En este estado se supo en Buenos Aires que el Brigadier Goyeneche había ocupado La Paz, disolviendo la Junta Tuitiva y castigando a los promovedores y ejecutores, quedando aquella provincia



por algún tiempo retraída en su opinión, mucho más cuando una fuerza imponente la sujetaba. Chuquisaca que observó la línea de conducta seguida por Goyeneche en La Paz, tuvo que someterse voluntariamente por no sufrir igual suerte; mas el Mariscal Nieto que ocupó a los pocos días esta población, hizo perseguir a los más distinguidos vecinos y aun remitió a la disposición del virrey de Lima, varios oidores de aquella Audiencia con algunos de los perseguidos, escoltados por el oficial Huice. En vista de estos sucesos fue preciso retraerse por algún tiempo a dar la primera señal que en toda la América debía seguirse simultáneamente para proclamar los principios y emanciparse de la vieja España, a pesar de que algunos comandantes de cuerpo, Dn. Martín Rodríguez y Dn. Pedro Andrés García, procuraron manifestar ser la ocasión más propicia para darlo, dando libertad a los presos remitidos por Goyeneche y Nieto a disposición del virrey de Buenos Aires y que debían llegar subsecuentemente; mas otros se opusieron a esta medida y se dejó para mejor oportunidad.

Inter esto pasaba llegaron noticias de la Península que pusieron en conocimiento de todos el estado triste de la Metrópoli, próxima a ser dominada por la nación francesa, después del cautiverio de su rey Fernando VII. Los ejércitos franceses habían pasado ya la Sierra Morena, dirigiéndose a marchas forzadas hacia el Mediodía para sitiar la plaza fuerte de Cádiz. Cisneros fue como virrey quien se encargó por medio de una proclama de poner en conocimiento de los pueblos que se hallaban a su mando tan nuevo suceso; en ella decía: "Suponed que España más desgraciada que en el VIII siglo, sea destinada a perder su libertad y su independencia, que se extinga la última centella de su valor. ¿Se jactarán por esto los tiranos de haber sometido la nación entera? Conservad la libertad y la independencia de la Monarquía Española, el depósito sagrado de la soberanía, para devolverlo a su desventurado Monarca. Subsista siempre en América el tronco glorioso de sus ilustres Reyes Católicos".

Haciendo este llamamiento a los generosos sentimientos de los habitantes de Buenos Aires, Cisneros mostraba la necesidad de crear una Junta, a imitación de las que se habían formado en las diferentes ciudades de la Península Española, y mucho más necesaria cuanto que abandonados a nuestros propios recursos, ya nada podíamos esperar en nuestras necesidades que por nosotros debían ser atendidas. Entonces fue cuando el pueblo reunido el 25 de mayo de



1810 en las casas consistoriales, trató por segunda vez de poner a cubierto sus intereses creando una Junta Gubernativa que presidió Dn. Cornelio Saavedra, y la cual reemplazó en la administración al virrey Cisneros, que fue depuesto en el mismo día con la dignidad del objeto y del rango que tenía.

Entonces fue cuando por la primera vez el pueblo vio los primeros periódicos que manifestaban sus derechos, y tendían a preparar la opinión a una emancipación absoluta, los cuales cundiendo en todas las provincias sus Intendentes conocieron al primer golpe de ojos, que la Junta Gubernativa obraba bajo un sistema distinto del proclamado, así es que la provincia de Córdoba fue la primera que se presentó en oposición a cuanto se había obrado en Buenos Aires; su Intendente el capitán de Navío Concha reunió un consejo extraordinario compuesto de las primeras autoridades de la provincia, a que también fue llamado el ex Virrey Liniers y el Obispo Orellana; en ella su presidente representó los últimos sucesos ocurridos en la capital, y la necesidad de oponerse abiertamente a ellos; la moción fue aprobada por todos, a excepción del deán de aquella catedral Dr. Dn. Gregorio Funes, que por su instrucción debió ejercer algún influjo en sus compañeros; pero desoídos sus consejos se tomó la resolución de no someterle jamás a una autoridad tan ilegal como la creada en Buenos Aires, contra la cual debían emplearse medios hostiles para sofocarla. El plan de este consejo estaba combinado bajo el aspecto de envolvernos en todos los horrores de una guerra civil, lo que sabido por la Junta Gubernativa dispuso inmediatamente la remisión de una columna de novecientos hombres que encargó el mando de ella al Coronel Dn. Francisco Antonio Ortiz de Ocampo, con el objeto de ocupar por esta fuerza la provincia de Córdoba y disolver los preparativos que se empezaron a organizar por su Intendente, bajo las órdenes del ex Virrey Liniers, que había sido encargado del mando.

El 7 de julio de 1810 se puso en marcha la columna, y yo en caso de ayudante del comandante general Ocampo, que la mandaba; fui uno de los que la compuse siendo al mismo tiempo subalterno de una de las compañías que fue nombrada para la formación de ella, y posteriormente empleado en la Secretaría de la Junta en comisión que el mismo pequeño ejército traía, respecto a que su jefe no era deliberante, sino como presidente de ella; nuestra marcha hasta la entrada de la jurisdicción de Córdoba no fue interrumpida por ningún suceso que manifestase hostilidad; mas luego que



pisamos aquel territorio empezamos a sufrir los preludios de una hostilidad preparada; los campos eran incendiados en todas direcciones por un oficial Rapela, destinado al efecto, y al pasar el Río Tercero nuestras municiones fue preciso salvarlas en medio de una línea de fuego que no causó efecto por la precaución y la falta de combustibles que le diesen el cuerpo que era necesario. Desde este punto ya fue preciso marchar con alguna precaución destinando partidas de descubierta, pero casi eran innecesarias porque sólo se observaba falta de recursos, medio por el cual se pensaba demorar nuestra marcha mientras las autoridades de Córdoba eran auxiliadas por los demás intendentes y reunían todas sus milicias, mas todo era en vano porque el ejército marchaba sin encontrar obstáculo ninguno que fuese insuperable, a pesar de que algunas noches era circulado nuestro campo por una llama abrasadora, a la simple vista emanada de los grandes pajonales formados por la misma feracidad del terreno, considerándose siempre un mal porque nuestros bagajes no encontraban donde forrajear, de que debía resultar naturalmente el aniquilamiento de ellos y por consecuencia nuestro completo atraso.

Todos estos incidentes y las noticias que se tomaron de la poca fuerza con que los cordobeses intentaban sostenerse, hicieron resolver al comandante general que el teniente coronel Dn. Antonio Balcarce, segundo jefe del ejército, marchase sobre Córdoba con los soldados de caballería mejor montados y algunos infantes a la grupa, para sorprender las fuerzas y jefes que existieran en Córdoba; mas éstos informados de la proximidad de Balcarce, abandonaron sus puestos emprendiendo su retirada sobre Santiago del Estero, con las milicias que pudieron extraer, mas éstas poco constantes, al abandonar sus hogares y familias, fueron desertando rápidamente hasta el extremo de verse absolutamente abandonados los jefes, lo que los obligó a dispersarse para no ser tomados todos a la vez y poder escapar algunos de ellos.

Ocupada la ciudad de Córdoba por el teniente coronel Balcarce, sin el menor obstáculo, fue informado en ella del modo y dirección que habían tomado los fugitivos, y sin demorarse más que lo muy preciso en forrajear, continuó su marcha hasta darles alcance, lo que logró después de dejar treinta leguas a su retaguardia, que ya habían andado; procediendo a la captura de Concha, Liniers, Allende, Moreno, Orellana y Rodríguez, los cuales dirigió desde el mismo punto donde fueron tomados a Buenos Aires y entregados a



una partida en la Cabeza del Tigre, que salió de esta capital a las órdenes de Castelli, regresando la que los escoltó con la triste idea de haber sido conductores de cinco víctimas sacrificadas al capricho de un sanguinario; procedimiento que siempre reprobaba la gratitud. El resto del ejército tomó cuarteles en Córdoba, a principios del mes de agosto, y el primer cuidado del comandante general fue el de engrosar el ejército y formar la opinión; en este mes pasó el ejército revista de comisario y de la que resultaron 1,013 plazas con la compañía de Blandengues de la Carlota, que ya se había incorporado.

El pueblo de Córdoba, por una parte atemorizado y por otra lleno de júbilo, proporcionó al ejército la mejor comodidad y diversiones que lo distrajeran algún tanto, a que no contribuyó poco la divergencia de opiniones que se suscitaron en la junta de comisión, en que el ciudadano don Hipólito Vieytes figuraba, y el cual en oposición con el comandante general, tuvo debates acalorados que hacían desmayar el progreso de la columna dando lugar a ocurrir a la Junta Gubernativa para su deliberación, lo que originó una demora de un mes al ejército en este punto, hasta que las ciudades de Santiago del Estero y San Miguel del Tucumán donde en esta última ciudad hizo alto el comandante general para proporcionar toda clase de recursos a consecuencia de la buena acogida que tuvieron los Libertadores, mientras tanto la vanguardia, al mando del segundo jefe Dn. Antonio González Balcarce, ocupó las ciudades de Salta y Jujuy, donde hizo un pequeño descanso para remover las autoridades, encargando el mando de la provincia de Salta al coronel Chiclana, nombrado de antemano por la junta gubernativa.

Mientras todo esto pasaba en el ejército Dn. Hipólito Vieytes no cesaba de reclamar de la Junta el relevo de Dn. Francisco Ortiz de Ocampo, bajo varios coloridos que con destreza supo pintar, y a consecuencia de ellos se resolvió mandar a Dn. Juan José Castelli con la representación del Gobierno extrayéndolo de la Junta de donde era vocal, para que tomando la parte directiva del ejército sus jefes le estuviesen subordinados. Ocampo, instruido por sus amigos de este incidente, emprendió su marcha a Jujuy, donde con su llegada lo fue también la orden de su retirada del ejército para que se regresase a Buenos Aires, entregando el mando al segundo Dn. Antonio Balcarce. Dn. Hipólito Vieytes observando que con la llegada al ejército del Señor Castelli había cesado su misión, tuvo que regresar de igual modo aunque acompañado del placer de verse



complacido en la separación de Ocampo, placeres no dignos de almas nobles, cuando ellos son en perjuicio de la sociedad.

El Mariscal Nieto, Presidente de la Plata, aprovechó el tiempo que nosotros desperdiciábamos para organizar un pequeño ejército que situó en Santiago de Cotagaita, para oponerse a los progresos que con rapidez se hacían sentir por las tropas libertadoras, las cuales llenas de entusiasmo y valor no reparan en los atrincheramientos que los enemigos habían formado para escudarse, los cuales atacados por nuestros bravos fueron rechazados, cantando los enemigos una victoria que los envaneció e hizo salir de sus atrincheramientos para perseguir al comandante general Balcarce, el cual encontrando nuevos auxilios en Suipacha, de tropa, artillería y municiones de que estaba escaso, no trepidó en hacer alto y esperar a los enemigos; el coraje se veía en el semblante de nuestros soldados que, presagiaban una próxima victoria que iba por entonces a decidir la campaña del año 10, primero de la Independencia Americana. El ejército español se presentó bajo una línea paralela que marchaba en dirección de nuestros bravos, y apenas rompieron su fuego cuando fueron cargados a la bayoneta y disueltos, entregándose a una fuga cobarde en todas direcciones, que fue perseguida por todo ese día. Los pueblos testigos de su derrota los perseguían y capturaban presentando en tiempo a nuestro General, al Mariscal Nieto, el Capitán de Navío Córdoba y el Intendente de Potosí Sanz, que continuaron presos a la villa imperial de Potosí, que ocupó el ejército a los pocos días y en la cual descansó, recibiendo nuevas fuerzas que los pueblos suministraban, con lo que se cerró la campaña del año de 1810.

## *CAPITULO II*

Con el suceso de Suipacha y ocupada la villa de Potosí, Chuquisaca, Cochabamba, Oruro y Santa Cruz de la Sierra, mandaron al representante Castelli sus diputados sometiendo a sus órdenes no sólo estas ciudades sino también sus comarcas, con lo cual el ejército tomaba nuevo incremento con los rápidos recursos que recibía y los que dieron mérito a que el ejército recibiera una nueva organización creándose los regimientos No. 6, a que se me destinó en mi grado de teniente, y Dragones, al paso que en lo político se creaban las autoridades que debían reemplazar a las depuestas, intertanto los mandatarios españoles mariscal de campo Nieto, gobernador intendente de Potosí, Sanz, y capitán de Navío Córdoba, continua-